

sin estrellarse. En medio de este entusiasmo llega su caída. Maurepas, el primer ministro, que conspirara contra Turgot, conspiró también contra Necker, como si hubiera incompatibilidad absoluta y radical entre los funcionarios designados por la corte y los funcionarios designados por la opinión. Tenía, el que podemos llamar realmente ministro de Hacienda, posición bien extraña en circunstancias tan difíciles. Con todos los deberes y todas las facultades de ministro no gozaba ni la dignidad ni el nombre. Vanidoso por excelencia y amigo no sólo del renombre y de la autoridad, sino también de los grandes honores anexos á las altas posiciones, reclamó la dignidad y la denominación efectivas, queriendo ser un ministro como los demás, y como los demás admitido en los Consejos. Entonces verdaderamente se revelaron los dos graves males del tiempo, toda la influencia incontestable de los cortesanos y todas las invencibles supersticiones del rey. El astuto Maurepas aconsejó á Luis XVI que le admitiera en el consejo de ministros, pero con una condición previa y única, abjurando antes del calvinismo, de la religión de sus padres. Necker se indignó de esta condición y dejó el ministerio. A hombres como él no se le exigían sacrificios tan deshonrosos como los sacrificios de conciencia. Su renuncia fué escrita en papel sencillísimo, sin ningún timbre, ni marca ninguna, con sequedad puritana, con rigidez calvinista, como si el ciudadano ginebrino debiera tratar al rey de igual á igual, cosa jamás perdonada por Luis XVI, que decidió no volver á tenerlo por ministro.

Con Necker se acabaron los gobiernos de la opinión, heridos ya en la persona de Turgot; se acabaron los que se inspiraban en las ideas del siglo y se consagraban á la reforma de los abusos, viniendo en pos de ellos ministros cortesanos, atentos á las regias inspiraciones, devotos al palacio, deferentes con los privilegiados, sordos al clamor público, cegados por las alturas, incapaces de ver las ideas nuevas, instrumentos providenciales de perdición y de ruina.

¿Y en qué tiempo se cometió esta falta política! Cuando las ideas más abstrusas pasaban á las inteligencias más oscuras; cuando el verbo de la revolución se difundía por todos los abismos sociales como una luz misteriosa que penetrara en las tinieblas; cuando se transfiguraba el espíritu humano. América había venido en el Renacimiento como una aparición brillantísima á destruir el misticismo sombrío de la Edad Media y á traer la confianza en el hombre creador y en la naturaleza exuberante de vida, como si hubiera perdido las manchas de la culpa y entrado nuevamente en la inocencia y en la pureza del Paraíso. Nunca pudo aparecer este joven continente en sazón tan oportuna como al resucitar ese mundo griego de la belleza plástica en el arte, y ese principio de la libertad interior en la religión y en la conciencia. Los terrores que paralizaban al hombre y lo tenían como postrado á los conjuros de la teocracia y á la coyunda del feudalismo, se desvanecieron por completo en esta revelación de las fuerzas del espíritu humano verdaderamente creador y en esta inundación de una vida verdaderamente nueva.

Pero aun era más extraño, debiéramos decir más providencial, que, al penetrar el espíritu moderno en las instituciones, al pretender la razón el gobierno y la di-

rección del mundo, al revelarse los derechos fundamentales humanos, al sentirse las sociedades regidas por leyes propias y las naciones en plena posesión de su soberanía; mientras un nuevo pueblo con un nuevo Evangelio social en las manos surgía, removiendo las piedras de los castillos, las bases de los altares y de los tronos, allá en la prestigiosa América, un pueblo tan supersticioso por el derecho y por la tradición como el pueblo inglés, reunidos sus caballeros y sus puritanos, prescindiese de reyes, de aristocracias, de iglesias oficiales, y por el pacto que parecía fantástico sueño de filósofos, por la revolución que parecía un extraño magnetismo, por el consentimiento de todos los ciudadanos que se presentaba como una utopía imposible, estableciese la soberanía práctica del pueblo, el derecho natural del hombre, la democracia en la política y en la administración, el jurado como áncora de la justicia, el sufragio universal como único criterio de la soberanía, la constitución como obra de todos los ciudadanos, añadiendo estas maravillas del pensamiento á las maravillas de la naturaleza aumentadas por el prestigio de la distancia y por la visión del porvenir que tenía en aquel momento como por una corriente magnética del humano espíritu.

No es decible la influencia que esta grande transformación tuvo sobre los espíritus. Como el lejano sol fecunda el germen que se esconde en la tierra, y el melancólico disco de la luna levanta las mareas en el Océano, atrajo América á Europa y levantó su espíritu y fecundó su conciencia.

La vieja España, esta tierra de la inquisición y de la monarquía, se declaró por la libertad y por la independencia de esa América del Norte, y arrastró en su política al gobierno de Francia. En vano María Teresa excitaba á su hija para que socorriese al Austria; en vano José II ponía ante los ojos de su hermana el deber que tenía de auxiliar á un imperio que iba á quedarse con la Baviera, con todo el Danubio, con la mitad del inmenso patrimonio otomano; los reyes de Francia sólo mandaron á tales excitaciones quince millones de francos, disponiendo todo el oro allegado por Necker para la guerra demandada á gritos por su pueblo, la guerra contra la Gran Bretaña y en favor de la republicana América. Todos los que miraban al ideal y lo veían purísimo en los cielos de la conciencia deliraban, fuera de sí, á la vista de un mundo que surgía de la pura razón y soterraba la coyunda de las instituciones históricas. Las grandes damas, movidas por la elocuencia de Rousseau al amor de la libertad y á la lactancia de sus hijos, preguntaban si era verdad que el pacto social se iba á escribir á sus ojos por un pueblo joven y en el seno immaculado de una tierra virgen. Los nobles, cuyos ascendientes habían oído la voz de los ermitaños, oían la voz de los filósofos, y en lugar de embarcarse para libertar la tumba donde estaba encerrado el Cristo de la Edad Media, como en tiempo de las Cruzadas, embarcábanse, dejando su familia y sus castillos, para defender la cuna de aquella democracia que iba de un soplo á destruir todos sus privilegios y á borrar todos sus blasones. Un cuáquero humildísimo, hijo de trabajadores y de trabajadores padre, con clavos en sus zapatos y no hebillas, con traje de paño burdo y no de brocados lucientes, con el bastón de los jornaleros

empuñado como un cetro, sin coleta á la espalda y sin polvos en los cabellos ni encajes al pecho, austerísimo como la virtud, sencillo como la verdad, franco como la honradez, lleno de sentido común como el pueblo, después de haber agotado todos los medios de conciliación con Inglaterra, venía á Francia para demandar auxilio en el combate, y se presentaba ante ella con el rayo de los cielos vibrando en sus manos y los reyes de la tierra humillados á sus plantas, héroe de la ciencia y de la política, revelador de la sociedad y de la naturaleza, personificación sublime de esta trinidad deslumbradora: de la libertad, de la democracia y de la república. No había remedio: la aparición de América en Europa, el madurar la revolución, era tan trascendental como la aparición de América en Europa al madurar el Renacimiento. El mundo entero creyó en el triunfo definitivo del derecho sobre la fuerza, y en la superioridad de las instituciones democráticas sobre las instituciones antiguas. Lord Chatam, seguido de una corte de nobles ingleses, entraba en el Parlamento, con la desesperación del vencido en el alma y la agonía de la muerte en el pecho, para anunciar la inminencia del peligro y la aparición de la democracia, muriendo á los pocos días en grande tristeza, como Juliano al ver la ruina de sus preclaros dioses y la victoria de los humildes galileos.

Resueltamente, la décimoctava centuria de la era cristiana había dado á luz al ser misterioso que llevaba en sus entrañas, la invencible democracia.

En medio de esta agitación sobrevino un hecho escandaloso que acabó de perder á la corte y en cuyos incidentes aparecieron mezclados los reyes, la Iglesia, el viejo Parlamento, la aristocracia, la servidumbre real, todas las antiguas castas sociales. Hablamos del collar de la reina. Entre las varias familias reales que han reinado en Francia, ninguna tan brillante como la familia de los Valois. Se han pasado siglos desde su desaparición definitiva y no ha podido extinguirse el brillo olímpico que le dieron los resplandores de la primera mitad del siglo XVI y el comercio con los artistas inmortales. Un último descendiente de esta ilustre familia había llegado á la mayor miseria, y entre otros hijos había tenido una hija destinada á los mayores escándalos. Luis XVI, al saber que semejantes retoños de familias reales andaban por el mundo, encerró á la nieta de cien reyes en austero convento como para enterrarla viva, y extinguir de esta suerte su nombre y su memoria. Pero la ilustre joven, que sentía discurrir sangre real por sus venas y no se consideraba llamada, por tanto, al claustro, burló la vigilancia de sus superiores y huyó á la gran ciudad, á la ciudad de París. Su único refugio en este inmenso piélago fué la casa de una antigua amiga suya, cuyo marido tenía el cargo de preboste. Pero no están los prebostes exentos de las humanas debilidades ni asegurados contra los incendios de las amorosas pasiones. Prendóse, pues, de la niña y tuvo que dejar aquel asilo é irse á la provincia donde se encontraban sus hermanos y las tierras de su familia, Bar-sur-Aube. Seis francos tenía al llegar, como han contado Beugnot en sus Memorias y Michelet en su «Historia de Francia,» admirables narradores uno y otro de este trágico suceso. La razón de haber ido á tales regiones era bien poderosa, una razón casi hereditaria, el empeño de re-

cabar las tierras de sus abuelos, sitas allí, y que pasaran á formar parte del patrimonio real, en cuyo empeño consumió toda la vida su padre.

Otra dama la recibió en su casa, por superticioso cariño á su regio nombre, y por compasión á su orfandad. Esta dama de provincia tenía un hermano oficial, como la dama de París tenía un marido preboste. Y el oficial sintió la misma pasión y encontró menos resistencia. Al año de estar en la casa había parido la joven dos niños en un solo parto. No hubo más remedio que el casamiento. Y por esta razón la Valois tenía que ocultar su ilustre nombre de familia tras el nombre obscurísimo de madama Lamothe.

Por fin, no pudiendo sostener tal posición, y deseosa de recabar el antiguo patrimonio valiéndose de la magia de su ilustre nombre, instalóse en París, sin recurso ninguno. En este gran desierto se moría de hambre y no lo manifestaba nunca, temiendo más la humillación que la miseria. Cuando se encontraba muy apurada solía ir á las casas de las gentes ricas de su país y comía para tres ó cuatro días. Pero llegó en sus apuros hasta desmayarse más de una vez por debilidad y por miseria.

En tal situación se encontró frente á frente del gran limosnero de la corte, del cardenal Rohán, que recibía del rey ciertas cantidades para auxilio de las familias nobles y pobres. La primera vez que se le presentó, la compadeció; pero la segunda vez la amó. A los pocos días, la descendiente de los reyes de Francia pasó á ser manceba de un cardenal de la sacra romana Iglesia, y tuvo un hotel magnífico donde la servían catorce criados con ostentosas libreas. Era el cardenal uno de aquellos príncipes eclesiásticos tan comunes en el pasado siglo, de una riqueza fabulosa y arruinado, de una superstición increíble y epicúreo, hábil para los manejos diplomáticos é inhábil para la sociedad y el mundo, orgulloso de su nombre y comprometiéndolo en miles de aventuras, más orgulloso todavía de su posición y deshonrándola con innumerables vicios; perfumado y vestido y cuajado de pedrería como una dama, enamorado como un estudiante, ligero como el más vulgar calavera, perdido por sus desenfrenos de lujo y por el mantenimiento ostentoso de una corte que le servía para sus maquinaciones, sus intrigas y su incontestable influencia. La Valois era á su vez de hermosura rara, de superioridad evidente, de atractivo seductor, en sus maneras una reina, en su conversación una literata, en sus tratos una intrigante, con mucha ansia de alta posición y mucho amor al dinero, sensual y libertina, pero en cuanto su sensualidad y su libertinaje sirvieran, no al goce de sus sentidos embotados por la desgracia, sino á sus pasiones culminantes, á su ambición y á su codicia.

La reina estaba entonces en el período álgido de sus placeres, período bien poco compatible con su edad, que tocaba ya en los treinta años. Representaba á puertas cerradas la Rosina del «Fígaro.» Lefa el «Baroncito de Faublas.» Ejercitaba sus talentos de actriz en los papeles de confidentes y de criadas. Gustaba de las farsas italianas y de que los grandes hicieran de payasos, de bufones, de pasquinos, de cascabeleros. Sobre todo se divertía con las sorpresas y con las bromas pesadas, como el día en que dió de comer á las vendedo-

ras del mercado y puso en la comida polvos de Jalapa. Hasta se cuenta que volvió del baile de máscaras más de una vez en coche de plaza, y que embromó tan pesadamente como á las mercaderas, aunque de otra suerte, á sus cuñadas y á sus tías las ilustres princesas de la sangre. En medio de todas estas demencias aparece una mujer misteriosa que desde las mayores alturas ha caído en las mayores miserias sociales; que de una pobreza horrible sube á una abundancia improvisada y milagrosa; hija de padres nómadas, los cuales desde Francia pasaron al Canadá y desde el Canadá á Francia, altivos representantes de la cultura europea y viviendo como los salvajes del aire y de la luz y de la casualidad por noble menosprecio al trabajo; conservando la cara ovalada de su regia estirpe, los ojos azules que centelleaban bajo las negras cejas como centellean las estrellas entre las sombras; todo realizado por el corte escultórico de sus labios y la expresión elocuentísima de su encantadora sonrisa. Sabido es que la reina tenía siempre una amiga favorita, por ese anhelo que hay en los poderosos de sentir la dulcísima igualdad, como había tenido la Lamballe, la Polignac, encontrada también por acaso, y otras damas ilustres. El misterio que rodeaba á la Valois era indudablemente un atractivo más para despertar el interés de la reina en aquel momento vertiginoso de su procelosa existencia.

Una de las manías del cardenal de Rohán era enamorar á la reina de Francia, la cual de antiguo mostraba contra él un odio invencible. No sabemos si por complacer al prelado ó por divertir á la reina había tratado la Valois de una reconciliación; lo que sí sabemos, lo que tiene la historia ya averiguado y decidido, es que el príncipe de la Iglesia se creía, ó por habilidad de su nueva amiga ó por burlas de su antigua enemiga, casi preferido por la reina á tantos diversos galanes como la requerían inútilmente de amores. Su engaño llegó tan lejos que una noche admitió misteriosa cita de la reina en el parque reservado de Versalles, donde no podía llegar nadie que no perteneciese á la casa real, á causa de estar cerrada la verja. Una sombra blanca que resaltaba sobre los bojes oscuros, un vestido de muselina claro, una mano finísima, una voz de incomparable dulzura conmovida por el acento de la pasión, le sirvieron al cardenal, disfrazado de mosquetero de la reina, para creer que todo estaba olvidado entre dos antiguos enemigos, y para tomar como prenda de este olvido una rosa. Esto es verdad. Pero también es verdad que quien hizo de reina, quien se presentó á los ojos del cuñado fué una actriz conducida allí por la Valois, y pagada regiamente por el papel que había representado en aquella regia comedia. Ahora bien: ¿esta farsa se tramó para engañar con apariencias de verdad al cardenal, cosa difícil si se recuerda el rigor de las consignas en el parque, ó para divertir á la reina misma con una broma pesada como las que tantas veces diera en sus continuas diversiones? Lo segundo parece más probable y más en armonía con la índole de los tiempos y con el carácter de la reina.

El cardenal guardó la rosa recogida en la entrevista de Versalles, como pudiera haber guardado una joya, en cajita de precioso ébano toda ella orlada de diamantes. No le bastaba con esta satisfacción de amor propio, y dirigía á la reina cartas sobre cartas en cuyos renglones

latía la pasión más ciega y á veces hasta la más desenfrenada lujuria. La portadora de tales misivas era la misma, la Valois, que fingía las respuestas. Nada más fácil, pues la reina hasta las cartas á su madre escribía por medio de su secretario, y muchas veces ni aun la firma era suya.

El círculo íntimo de María Antonieta comentaba con burla y chacota todas estas cartas del cardenal enamorado, y escribía en común las respuestas dictadas por ese afán de divertirse, al cual todo se sacrificaba en aquella cámara. Por fin llegó una muestra extraordinaria de confianza, la compra de un collar que los joyeros de cámara habían hecho para la manceba de Luis XV, para madama Dubarry, collar que costaba ocho millones de reales y que pesaba sobre la caja de la casa con extraordinaria pesadumbre. Los joyeros lo ofrecían mil veces y nunca lo compraba la corte. Siempre que el rey proponía este regalo á la reina, rechazábalo ésta como puede rechazarse un verdadero acto de demencia, á pesar de lo mucho que le gustaban los diamantes y de los dispendios que mil veces hiciera para poseerlos en gran número, como convenía á una reina de su altura y de su belleza. Cuando más apurado estaba el erario; cuando el rey acababa de consumir sacrificios mayores como la compra de Saint-Cloud para María Antonieta y la entrega de algunos millones á los príncipes; cuando se preparaban las fiestas para el segundo parto, que debían ser espléndidas y por consiguiente costosas, si acertaba á nacer un heredero de la corona, en estos momentos tan graves, llega la noticia de que el riquísimo collar va á ser propiedad de la reina de Portugal. Precisa vivir en una corte para comprender cómo pasaba á punto poco menos que de amor nacional, amor de prerrogativas, amor de dinastía, amor de privilegios, amor de predominio, amor de la corona, esta conservación en Versalles de una alhaja como no había otra igual en toda Europa.

Entre los encargos que todos los días llevaba su querida al cardenal, dióle por fin el tantas veces propuesto y deseado por los joyeros de la reina, es decir, la adquisición del collar. Regateóse un poco, se suspendió la entrega por una cantidad de trescientos mil francos, hasta que al fin quedó en la tasación de dos millones de francos pagaderos en plazos y asegurados por un billete que llevaba esta firma: «María Antonieta de Francia.» El cardenal, á quien la joya fué entregada con bien pocas precauciones, la entregó á su vez á un simple camarero de la reina que pasó á recogerla. Desmontóse el collar, según los testimonios más fehacientes, quedándose la reina con los diamantes más gruesos y vendiéndose los más pequeños en Londres por Mr. Lamothe, marido de la pobre última descendiente de los antiguos reyes. Éste trajo el importe cuantioso de aquella venta, pero la mano del cardenal era un crisol en que todo dinero se derretía como un pedazo de hielo y se evaporaba como un poco de éter. Así es que llegó el plazo primero y no se pudo pagar. Rohán, el prelado, el cardenal, el descendiente de los reyes de Bretaña, en cuya comparación los monarcas reinantes parecían de ayer, el limosnero mayor de S. M., uno de los más altos personajes de la aristocracia, uno de los más notables dignatarios de la corte, uno de los mayores príncipes de la Iglesia, veíase metido en trance bien

amargo y tratado como un vil estafador. Así es que, en plena corte, á mediados de agosto, el día de San Luis, cuando iba á misa, cuando llevaba sus trajes episcopales y sus insignias eclesiásticas, cuando ardían ya las velas en los altares y resonaba el órgano y la corte se reunía, en medio de todo aquel fausto y de toda aquella grandeza, otro cortesano enemigo suyo, de esos implacables que hay en los palacios, dió orden á los guardias del rey para que lo arrestaran y lo dirigieran inmediatamente á presencia del monarca. Imposible encarecer el terror que produciría ver al gran eclesiástico revestido de todas sus insignias, á la puerta de su templo, con su clero á la espalda, esperando á su rey para bendecirlo, y arrestado como el último de los más vulgares criminales. Inmediatamente después del arresto entró en la cámara real y encontró al rey indignado y á la reina llorando, con la cara oculta entre las manos para que no vieran los profanos su rubor y su vergüenza. La primera palabra del monarca fué una palabra de amarguísima reconvencción al prelado, y la primera palabra del prelado fué una queja de que sin necesidad alguna se le hubiera detenido en el momento de mayor solemnidad con una agravación tal de escándalo que rayaba en una verdadera crueldad. La reina estaba desolada por verse comprometida en aquella ridícula tragicomedia. Sus enemigos decían que la presentada en el jardín era la reina misma, las cartas obra de sus manos, el cardenal entretenimiento de sus ocios, la Valois tercera de sus diversiones, el collar joya comprada para su real ornato, la falta de pago culpa de sus despilfarros, la impopularidad del rey consecuencia de sus ligerezas, la crisis de la monarquía producto de su influencia, y los rugidos de la revolución eco de sus carcajadas. Decíase más; que en la caja de diamantes donde estaba encajada la rosa seca, se tocaba un resorte y salía una miniatura del tiempo, en la cual se veía su propia persona admirablemente representada y entregando al Tenorio eclesiástico aquella prenda de su afecto, aquel testimonio de su confianza. Ahora sí que podemos llamarla, como el trágico inglés llamaba á otra ilustre princesa, reina de los tristes destinos.

El proceso demostró cómo todos los odios de la corte se aglomeraban sobre la cabeza de la augusta mujer, antes de aglomerarse los odios de Francia. El cardenal Rohán, que tanto la calumniara, resultó inocente á juicio del tribunal y obtuvo del pueblo un verdadero triunfo. Su castigo se redujo á perder su destino. El proceso, concentrado en el delito de lesa majestad, hubiera podido perderlo; pero restringido á la estafa, sólo buscó y encontró una víctima, la infeliz amiga de María Antonieta, la desgraciada descendiente de cien reyes. Sirviendo al hombre que la sacara de la miseria, siquiera fuese por la infamia, quemó la Valois todos los papeles relativos á él, todas sus correspondencias, y se encontró sin defensa. Y esta defensa era bien fácil; pudo haber dicho: «recibí los diamantes pequeños, desmontados del collar que los joyeros entregaron al cardenal y el cardenal á un doméstico de la reina; los recibí para venderlos en Londres de la mano misma del cardenal y le entregué su importe. Si con él se quedó, no es cuenta mía.» A la verdad no podría nadie extrañarse de ello cuando todo París sabía que mantenía á sus propias mancebas con el dinero de las limosnas, con el patri-

monio de los pobres. Pero hubo una conjuración encajinada á perderla, porque se deseaba perder con ella á la reina. El amago de encierro en aquellos húmedos calabozos subterráneos donde entraban las aguas del Sena y voraces ratas mordían el pecho, las narices, las orejas, los pies de los pobres presos; la amenaza del tormento, todavía no abolido, de un potro donde sus huesos se descoyuntaran, de un borceguí que deshiciera sus delicados pies; todo esto la intimidó, de suerte que respecto á los poderosos complicados en el suceso impúsose silencio tan profundo como el guardado respecto á su amigo y amante el cardenal. Mas algunas veces no podía contenerse y estallaba su cólera. Contábase que había mordido á su carcelero. Como cierto testigo contradijera sus asertos, le arrojó un candelero á la cabeza delante de los jueces. Como el cardenal respondiera á una de sus declaraciones con un desdenoso «no es cierto,» díjole: «Ya sabéis, señor, que desde el principio al fin de este proceso ni vos ni yo decimos una sola palabra de verdad.» El rey escribió una carta al Parlamento diciendo que la reina no había recibido el collar y pagó su importe. Lo cierto es que la infeliz confidente recibió todo el peso de la desgracia en una horripilante sentencia. La condenaron á azotes en su cuerpo desnudo; á marca infame con hierro candente en sus espaldas; á reclusión perpetua en la Salpêtrière, lugar inmundo, medio cárcel, medio hospital, donde se aglomeraban todas las mujeres perdidas por los más horribles vicios. Dormitaba una mañana en su catre de la Conserjería y la despertan y la conducen al espacio rodeado de una verja que separa la prisión de los criminales del Palacio de la Justicia. Un cadalso se levantaba en aquel sitio. La sangre de los reyes de Francia, arrancada á sus venas por la mano del verdugo de un rey, iba á manchar aquellas ignominiosas tablas. ¿Qué mucho, pues, si inmediatamente volvió á mancharlas arrancada por los verdugos de un pueblo? Cuando vió el aparato justiciero, el tablado, los guardias, los sayones, los verdugos, las varas espinosas apercebidas, las manos de aquellas gentes sobre su cuerpo, á pesar de ir ligada y á sus ligaduras ceñidísima, rugió como una leona, maulló como un tigre, despidió de sus ojos encendidos en ira relámpagos siniestros, forcejeó y resistió, ora arrastrándose como una serpiente por el suelo, ora irguiéndose con la majestad y la cólera de un águila herida, fuerte en su defensa material como el varón más entero, trágica en su desesperación como la más tierna y más delicada de todas las mujeres. Pero su furor no tuvo límites ni sus resistencias medida cuando intentaron marcarla. El hierro candente en manos del verdugo, pronto á quemar sus carnes vivas que chillarían y humearían, ¡ah!, no la causaban tanto horror como la eterna deshonra impresa y grabada en su alma con aquel instrumento de infamia. Así, forcejeó de tal manera, que en vez de marcarle con el hierro ardiente la espalda, siempre más fuerte, le marcaron el delicado pecho, arrancándole un grito de dolor y un rechinar de dientes cuyos ecos hubieran dado escalofríos á los condenados de la dantesca epopeya y de la capilla Sixtina. Pelada y afeitada la cabeza, magullados los músculos, heridos y marcados los pechos, envuelta la majestuosa figura en áspero sayal, entra por las puertas de aquella prisión de mujeres infelices, conjunto tremendo de todas las lla-

gas sociales, depósito de inmundicias que levantaban la conciencia y el estómago; torcedor y potro de todos los tormentos, donde el aire hedía como un sepulcro entreabierto, donde los cancerosos andaban por todas partes, donde un jergón podrido servía para seis enfermos gangrenados, donde resultaban compasivas y misericordiosas y dulces la agonía y la muerte. Un día quiso la princesa Lamballe verla de parte de la reina y lo negó la superiora. Otro día la llevaron algún dinero de palacio. Por fin, se escapó una noche. Y al huir, su instinto volvió á conducirla á la tierra de sus padres. En pueblo de provincia no había posibilidad de mantener el incógnito de reo. Se encerró en una caverna. Allí hubiera muerto de hambre á no haber recordado la condesa de Beugnot que tenía dinero suyo y haber tenido el valor de llevarse á la apartada madriguera. De allí partió á Londres, pero con tal horror á los secretos de su propia conciencia que, como entraran varias personas misteriosas un día en su casa, arrojóse del balcón y rompióse la espina dorsal contra la acera. ¡Infeliz! La acusadora desapareció, pero en este drama terrible quedó completamente roto el antiguo régimen: la monarquía, la corte, la aristocracia, la magistratura y el clero.

Y nunca la corte había estado más contenta. A ministros adustos sucedían ministros complacientes. A Turgot, que reclamaba reformas, y á Necker, que reclamaba economías, Calonne que todo lo facilitaba, que á todo proveía, que encontraba dinero donde los demás sólo habían tristemente encontrado apuros y embarazos. Él es amigo íntimo de muchos bribones que han acertado á ocultar sus bribonerías tras una elevada posición. Él lleva de frente á los banqueros de Europa que acuden al olor de la carne muerta, sabiendo cómo las trampas arruinan á las naciones y enriquecen á los particulares. Él tiene parientes opulentísimos dispuestos á hacer todos los milagros propios de la usura. Sus predecesores amenazaron con dejar á la luna de Valencia tanto cortesano inútil como gravitaba sobre las cajas reales; él, más cauto, los tranquiliza á todos, los serena, les ofrece desde la seguridad de su orgullo, y con la confianza en su estrella y en su genio, la ventura indecible de seguir arruinando á la nación.

Qué felicidad sentiría María Antonieta, desahuciada de continuo en sus pretensiones por los antiguos estoicos, al hacerle un empeño, como decimos en este Madrid, de los pretendientes, y observándole «temo que sea difícil,» oír por respuesta: «si difícil, está hecho; si imposible, se hará.» Lleno de esperanza, con la alegría en la mirada, la sonrisa en los labios, el cuidado más atento en su persona; de un lujo que contrastaba mucho con las sencillas vestiduras impuestas por el misántropo Rousseau y el cuáquero Franklin; de una galantería que hacía odiosa hasta la memoria del ascetismo filosófico de Turgot y la dureza calvinista de Necker; de una fuerza persuasiva que se llevaba de calle á las gentes; de una elocuencia que desvanecía todos los tristes presentimientos; de un poder que gastaba diariamente cuatro millones de reales, Calonne había borrado la palabra imposible del diccionario de la Hacienda.

Pero ¿de dónde salían estas misas? ¿Qué diablo de mina había encontrado el ministro de Hacienda? Eso

no lo preguntaba nadie. Se había perdido la fe en los milagros de la religión, pero nació una fe vivísima en los milagros de la ciencia. Cuando se veía á unos subir en el montgolfiero á las regiones superiores de la atmósfera, y á otros, metidos en la campana del buzo, descender á los abismos insondables de los mares; cuando en la retorta del químico se acababan de encontrar nuevos gases, y en las botellas del físico las chispas del rayo que obedecían á la mano del hombre; cuando el magnetismo se esparcía por los nervios y los renovaba hasta dar visiones sobrenaturales á los ojos y etérea transparencia á los cuerpos; el hombre imaginaba que tenía un poder divino sobre la Naturaleza y que era un agente creador en el seno de la creación. Pues qué, ¿no acudían las gentes en tropel á las cadenas eléctricas de Mesmer cuyos sacudimientos daban la eterna juventud? ¿No iban los diplomáticos más almidonados á oír al conde de San Germán, testigo de todos los tiempos, actor de todas las tragedias históricas, contemporáneo de todos los hombres ilustres, para oírle cómo estaba el Foro romano el día que mataron á César, y qué tal fué aquella tempestad de la tarde en que agonizaba Jesucristo? La vida etérea, el ascenso de este planeta á otro planeta, los filtros de la juventud eterna, las esperanzas en la inmortalidad, la reducción de un rayo de sol al encierro de un pomo de cristal, el encuentro de seres fantásticos en la inmensidad del espacio, las resistentes alas para nuestro cuerpo á fin de volar más lejos que las águilas, y la segunda vista para nuestra retina á fin de conocer hasta las entrañas del corazón humano, la florescencia de la tierra en una primavera perpetua; todo esto y mucho más parecía posible al hombre en aquella época gigantesca de universal transformación. Reinaba un iluminismo, un misticismo humanitario que habían facilitado el pararrayos de Franklin, el genio de Lavoissier, el globo, el montgolfiero, elevándose como la nube del Tabor para llevarse al hombre hacia los cielos. Unos creyentes misteriosos, que se decían venidos de las Pirámides de Egipto, del templo de Salomón, de las laderas del Líbano, de la Orden de los Templarios, perdíanse en misteriosos subterráneos, como si de este nuestro globo pasaran á otros globos, y allí, después de haber buscado la estrella misteriosa entre las nieblas formadas por el humo que los esclavos quemaban á los déspotas, se entregaban á la meditación y á las contemplaciones de las cosas eternas en cámara tendida de negros paños, sobre los cuales se destacaban blancos esqueletos, y á la orilla de los sarcófagos, sobre los cuales se levantaban monedas calaveras; y á través de todas estas pruebas erigían el templo invisible al visible arquitecto del universo, cuyo símbolo resplandecía en el triángulo refulgente como el sol, donde resaltaba en letras hebreas el nombre incomunicable de Jehová. Todo esto se conjuraba para infundir la idea universalmente extendida de que las sociedades secretas lo minaban todo, lo regían todo, estaban á un mismo tiempo en todas partes. Las gentes creían que guardaban en depósito las fuerzas mágicas y las fuerzas demoniacas del universo; que componían filtros, los cuales daban á la sangre un calor tropical y una vida exuberante á las venas; que forjaban oro en el crisol de sus cocinas alquímicas; que doblaban el tamaño de los diamantes; que podían subir,

de estrella en estrella, hasta la lumbrera misma del sol y allí cobrar toda la intensidad de una segunda vida animada por la llama de un nuevo y luminosísimo espíritu.

A estos sectarios se unían los iluminados, con tendencias aún más políticas y con liturgias aún más extrañas. Los temperamentos exaltados, las mujeres nerviosas, los jóvenes de imaginación y de sensibilidad se unían á tantas sectas y tomaban, no sólo por verdaderos sus dogmas, sino por ciertos é indudables sus milagros. En las cortes de Alemania se oía por los mármoles de los grandes corredores barrer á las escobas de las brujas, y en las cámaras imperiales y reales aparecían las damas blancas que anunciaban la muerte de los príncipes de la dinastía. El Apocalipsis se realizaba y encarnaba en los hechos, según la creencia general. Los muertos dejaban sus sepulcros y venían al comercio con los vivos. Nuevos seres surgían, como las mariposas surgen al calor de los primeros días de abril. Por todas partes se levantaban profetas, hierofantes, reveladores iluminados. Fundábanse palacios destinados á círculos mágicos de electricidad, con salones cubiertos de brillante sedería almohadillada, donde al resplandor de extrañas luminarias, al aroma de embriagadoras esencias, al compás de suaves músicas, al eco de armoniosísimos coros danzaban los poseídos del magnetismo hasta caer rendidos, unas veces en los espasmos de la epilepsia y otras veces en los deliquios y arrobamientos del éxtasis. Fingíanse árboles magnetizados que infundían bajo sus ramas, dignas de figurar en el jardín de Armida ó en la isla de Circe, sueños henchidos de místicas visiones. Una especie de profeta, que detestaba el mundo como si fuese un cenobita, que se acogía á la soledad como cualquiera de los precursores evangélicos ó de los profetas bíblicos, que aparentaba decir una cosa para que otra muy distinta se entendiera, digno de continuar aquellos ensueños de Bhoerne y de dar aquellos sus fantásticos paseos por las altas esferas, como ángel de un nuevo Apocalipsis, arrojaba sobre la sociedad moderna que nacía, después de haber rudamente criticado la sociedad antigua que se desplomaba, esta tempestuosa palabra: «Todos los hombres son reyes.» En semejante crisis de los ánimos, en tal exaltación de los caracteres, en las agitaciones de Pitonisa que sobrecogían á la conciencia humana, como en los primeros siglos del Cristianismo, figuraos qué de prosélitos no arrastraría en pos de sí el conde misterioso de Cagliostro, bendecido por Lavater como providencial redentor, llamado en unas partes Bálamo, en otras Fénix; aquí con un nombre clásico y allá con un nombre egipcio; profeta y aventurero; filósofo y prestidigitador; dispuesto así á un sermón como á un escamoteo; capaz de robaros el corazón del pecho con su elocuencia semibárbara y de la bolsa el dinero y aun el reloj con sus habilísimos dedos; alquimista y médico; astrólogo y astrónomo; sabio y sicofante; caballero de rosacruz y caballero de industria; que así podría pasar por un templario escapado de las persecuciones realistas como por un criminal escapado de los presidios de África; habitante de una casa misteriosa donde constantemente reinaba el crepúsculo, y sectario de una secta desconocida donde reinaba constantemente el misterio; enemigo de la Iglesia y amigo de los cardenales;

enemigo de la monarquía y amigo de los reyes; explotando á todas las sociedades secretas que lo mantenían como un Nabab de la India, y haciendo creer que debía sus riquezas al arte de encontrar el oro, y que debía su ciencia al vuelo diario en alas de siete arcángeles á los siete planetas, y al comercio con hermosas doncellas encerradas en capillas tendidas de raso blanco bajo la denominación de palomas, que le contaban arcanos del cielo y le servían con su nigromancia y sus sortilegios para conseguir la regeneración física y la regeneración moral de los hombres: que á tales desvarios conduce irremisiblemente todo fanatismo.

Volviendo al ministro, cuyo arte mágico de encontrar dinero tanto nos ha sorprendido y extrañado, sin que sorprendiera y extrañara á los mismos destinados á ser de él propiciatorias víctimas, diremos que su habilidad se convirtió en una mina inagotable para el monarca, y en una maravilla digna de un cuento de hadas para la corte. En efecto, las reformas de mayor importancia para los ciudadanos humildes quedan abolidas y restauradas las antiguas jerarquías. Solamente podrán ser oficiales aquellos que tengan cuatro cuarteles de nobleza, y generales aquellos que puedan subir en las carrozas del rey. Naturalmente, para sostener toda esta magia no había más que pedir mucho dinero prestado á fabulosos intereses y con rápidas amortizaciones. Pero en el fondo de toda esta manipulación gigantesca se encontraba una serie de juegos prohibidos y otra serie de estafas escandalosas, dignas á la verdad de proporcionar á sus autores el premio de un grillete. Empréstitos futuros, ventas simuladas, operaciones criminales: todo servía para oírse llamar en los salones dorados y en los jardines umbrosos un genio extraordinario por los que le rodeaban y le bendecían, allí donde no podía llegar el mugido de las cóleras, que se iban amontonando en todas las almas y que engendraban la más terrible venganza. Dos mil millones de empréstitos en tres años de paz.

Desde mediados del siglo á los días estos se aumentan los gastos en más de seiscientos millones de reales. En cuanto se van Turgot y Necker, el rey vuelve á la antigua costumbre de sacar el dinero de las arcas reales sin contarlo y de colocar á los favoritos de su familia donde le place, dotándolos con sueldos escandalosos. Se crean dos administraciones generales de correos para entregar una á esa funestísima familia de Polignac, que percibe con tan plausible motivo ocho millones de renta. El año 83 entrega en pagarés contra el Tesoro una cantidad apenas creble; el año 84 mayor cantidad todavía. De los dos mil millones de reales á que sube el presupuesto, sólo deja ciento sesenta para los gastos públicos. Todo lo demás se lo come el rey. Y luego la reina, que se fastidia en todos los sitios reales, compra Rambouillet, ochenta millones de reales, y Saint-Cloud, que le cuesta ochenta y cuatro. ¡Qué vida si durara! Pero á los pocos años Calonne ya no podía más; Calonne se encontraba con que se comía el déficit, como un cáncer gangrenoso, todo el erario. Precisábale volver sobre sus pasos y recurrir á los mismos principios y á los mismos procedimientos, tan criticados en sus antecesores. Y para que la responsabilidad no fuera solamente del rey, debía crearse una institución que, sin ser el petrificado Parlamento antiguo, tuviera